

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA



*Itahisa*

erein

*Itahisa*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Diseño de interior:

Iturri

Maquetación:

Erein

Ilustración y diseño de cubierta:

Aritz Albaizar

© Toti Martínez de Lezea

© EREIN. Donostia 2013

ISBN: 978-84-9746-874-9

D. L.: SS-1601/2013

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: [erein@erein.com](mailto:erein@erein.com)

[www.erein.com](http://www.erein.com)

Imprime: Gertu inprimategia

Zubillaga industrialdea, 9

20560 Oñati, Gipuzkoa

T 943 783 309 F 943 783 133

e-mail: [gertu@gertu.net](mailto:gertu@gertu.net)

[www.gertu.net](http://www.gertu.net)

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

# Itahisa



erein

*A Maribel*

*1800*

**P**rimero fueron rumores, hablillas como muchas otras, que daban pábulo a hechos que nunca ocurrían, pero, un buen día, los vecinos del valle vieron llegar a una cuadrilla de albañiles y carpinteros, que, bajo la dirección de un capataz, comenzaron a restaurar la vieja casona medio ruinoso situada en lo alto de la loma. Arreciaron entonces los comentarios, pero tan solo eran cábalas más o menos fantasiosas, sin base alguna. Nadie tenía información de primera mano, y los trabajadores se limitaban a encogerse de hombros cuando alguien preguntaba la razón de la obra, puesto que el edificio llevaba más de quince años abandonado. De vez en cuando, y en una calesa, aparecía por el lugar un caballero bien vestido, sombrero de copa incluido, que observaba el avance de la obra y se entretenía hablando con el capataz. Solía comer con este en la única taberna del barrio más poblado del valle, propiedad de un tal “Koloka”, así llamado porque había perdido una pierna con el arado y, al

no poder hacerse cargo de las huertas, había transformado el caserío familiar en taberna y colmado a partes iguales. Así se supo en la localidad que el caballero se llamaba don Bartolomé de Olabe, abogado y representante legal de Julián, el hijo de Gerbasi de Zautuola, llamado “Gorri”, no se sabía por qué, y de su mujer, Miguela de Ariz, ambos difuntos. El señor Olabe tenía casa en el valle, aunque apenas era conocido ya que residía habitualmente en Bilbao. También se supo que el ahora dueño volvía con la intención de establecerse en la casona, y el asunto dio para hablar y no parar, pues raras solían ser las novedades en aquel hermoso paraje rodeado de montes y campos.

Nadie recordaba bien a Julián de Zautuola. Quince años eran muchos para acordarse de un mozalbete que, al igual que muchos otros jóvenes de la zona, había marchado hacia los puertos en busca de un futuro mejor. También se ignoraba cuándo y a dónde se había ido. Simplemente desapareció un buen día, y, con el paso del tiempo, la gente se olvidó de él, si bien, ahora, algunos de su misma o parecida edad intentaban recuperar su recuerdo, desempolvar retazos de memoria, aunque en vano. La casa Zautuola se hallaba apartada, oculta por un bosque de robles y una vegetación de matorrales que nadie se había ocupado de limpiar durante todos aquellos años. Los últimos propietarios, Gorri y su mujer, eran personas hoscas que apenas se dejaban ver, excepto en la misa dominical y en los funerales, y su hijo tenía un carácter reservado y no participaba con el resto de los jóvenes en fiestas y romerías. No había, por tanto, mucho que recordar.

El tema había comenzado a languidecer cuando, un buen día, Koloka comunicó a sus parroquianos una noticia

verdaderamente sorprendente, escuchada de los propios labios del capataz de la obra. Al remover el suelo de tierra de la planta baja del viejo caserío, en la zona que antaño fuera el establo, habían sido hallados enterrados unos restos humanos de mujer, cosa que pudo apreciarse a simple vista dado que la falda, la blusa y la toquilla que cubrían los huesos estaban todavía en buen estado. Nada hacía suponer que su muerte hubiera sido violenta. Es más, sus manos se encontraban cruzadas sobre el pecho y sostenían una cruz hecha con ramas de fresno. Aunque lo que mayor conmoción provocó fue saber que, entre los huesos de la difunta, también habían sido hallados otros, minúsculos, sin duda pertenecientes a una criatura nonata, según declaró el médico, a quien se había llamado al mismo tiempo que al párroco y al alcalde.

—Este tipo de cosas hay que poner en conocimiento de la autoridad —aclaró el capataz—, que luego vienen los problemas.

El hombre no pudo dar más información. El descubrimiento había tenido lugar aquella misma mañana, y el alcalde había decidido detener la obra y dar cuenta a la Diputación. Asimismo, se envió recado al señor Olabe, cuya presencia se esperaba para el día siguiente a más no tardar.

Aquella noche no se habló de otra cosa en todas, absolutamente todas las cocinas del valle. Hubo incluso muchos que se reunieron en las casas de sus vecinos para tratar sobre el tema; otros acudieron al propio caserío del alcalde a fin de obtener información de primera mano. Sin embargo, el primer edil no pudo añadir mucho más a lo dicho por el capataz. Al contrario que las bodas y los bautizos, las defunciones no se registraban puntualmente, aunque se mencionaban



los nombres de los fallecidos al traspasar las herencias, cuando las había. El caso fue que nadie pudo dar información sobre la desconocida embarazada y, cinco días más tarde, durante el sermón dominical, el párroco don Aureliano informó a la feligresía de que los restos hallados en la casa Zautuola serían enterrados aquella misma tarde en tierra sin consagrar, en la zona reservada a vagabundos, suicidas y extraños, como era este el caso. Un forense y un funcionario de la Diputación habían examinado el esqueleto y levantado un acta en la que se detallaban los pormenores del hallazgo. Tras el examen, el forense dictaminó que, en efecto, no se apreciaba huella alguna de mala muerte y que el óbito, debido quizás al embarazo, había tenido lugar unos cuantos años atrás, aunque no precisó la fecha. No había por tanto motivo alguno para mantener los restos insepultos. Pocos vecinos faltaron al sepelio, en parte debido a un sentimiento de compasión por la desconocida y su criatura enterradas en un establo, y en parte por el morbo que suscitaba el hecho de que la difunta hubiera vivido en el valle sin que nadie se hubiera enterado. Las obras se reanudaron al día siguiente.

A medida que transcurrían las semanas, lo que hasta hacía poco era tan solo una ruina fue transformándose en un espléndido caserón con tejado a cuatro aguas, mampostería de piedra tallada y puertas y ventanas de madera noble. Se eliminaron arbustos y malas hierbas y se empedró el trecho que separaba la casa del camino. Se mantuvo, no obstante, el bosque de robles y se construyó un muro de cuatro pies de alto alrededor de la propiedad, lo que dejaba bien claro que el nuevo dueño no estaba por la labor de ser sociable. A nadie del valle se le habría ocurrido cercar su vivienda de semejante

forma, pues, de alguna manera, suponía un agravio a la honradez vecinal. La marcha de los obreros dio paso a la llegada de no menos de veinte carromatos repletos de muebles y enseres hasta los topes. Delante de la caravana, cual un general al mando de su ejército, marchaba el coche de caballos del señor Olabe, provocando una curiosidad aún mayor si cabe en el vecindario, especialmente entre las mujeres y los niños. Algunos se apostaron a ambos lados de la verja de hierro abierta en el muro para intentar descubrir el mobiliario oculto bajo las lonas, algo que no lograron. Los carromatos entraron en la propiedad, fueron descargados, y, una vez los muebles introducidos en el edificio, volvieron a marcharse, sin que los arrieros se detuvieran en la taberna de Koloka siquiera para beber un trago.

Con el abogado llegaron también cuatro sirvientes, dos hombres y dos mujeres, y los cinco se encerraron en el caserón, aparentemente, según se comentó, para poner orden y dejar todo preparado ante la próxima llegada del dueño. Se les vio limpiando cristales, sacudiendo alfombras y barriendo el camino empedrado, aunque ninguno de ellos bajó al barrio. También se les veía los domingos en misa, pero, en dichas ocasiones, se limitaban a responder a los saludos, sin entrar en conversaciones. El señor Olabe había vuelto a marcharse, pero, transcurridas algunas semanas sin que hubiera novedades y cuando ya se había dejado de hablar del asunto, reapareció de nuevo un atardecer de un sábado soleado de comienzos de la primavera. Esta vez lo hizo acompañado de un caballero a quienes algunas personas pudieron ver, sentado a su lado en la calesa, cuando esta tuvo que detenerse para dejar paso a un rebaño de ovejas de camino hacia los pastos de

arriba. La noticia corrió veloz y aquella noche fue el único tema de conversación en la taberna de Koloka.

Los vecinos vieron saciada su curiosidad a la mañana siguiente, durante la misa, cuando ambos caballeros seguidos por los cuatro criados hicieron acto de presencia en la iglesia, en el momento en que la campana anunciaba el comienzo del oficio. Llegaron a pie y fueron saludados por el alcalde en persona, quien conversó con ambos durante unos minutos y luego los acompañó al interior del templo, indicándoles el primer banco del lado de los hombres, y del que dos feligreses fueron rápidamente desalojados para dejar sitio. Los sirvientes se mantuvieron en la parte trasera y se marcharon nada más acabar el oficio, mientras su señor era saludado en el pórtico por el párroco, el médico y algunos de los propietarios más importantes del valle. Los demás, hombres y mujeres, se mantenían a distancia sin perder de vista al recién llegado, hijo del lugar, pero un completo desconocido para todos.

Julián de Zautuola tenía un porte cuanto menos imponente; alto y bien proporcionado, de rasgos armoniosos, perfectamente rasurado y cabello algo largo. Vestido con una levita parda de solapas amplias, chaleco corto sobre la camisa blanca de pechera plisada y pantalones estrechos de color beis, completaba su atuendo con botas de media caña, sombrero de copa, pañuelo blanco anudado al cuello y una *makila* con puño de plata. Su figura destacaba de tal forma que era imposible no fijarse en él. Nunca se había visto por la zona alguien tan elegante, tanto que no había duda alguna de que se trataba de un hombre rico, mucho. A su lado, incluso el señor Olabe y don Alfonsino, el médico, parecían

unos pueblerinos. Nadie le quitó el ojo de encima hasta que, finalizadas presentaciones y saludos, emprendió la vuelta a la casona acompañado por su representante, ocasión que fue aprovechada por los vecinos para manifestar toda clase de opiniones.

No se entendía muy bien por qué razón Zautuola había regresado, ya que, a la vista estaba, había hecho fortuna por esos mundos de Dios. No era el único. Otros hijos del valle se habían marchado a hacer las Américas y obtenido importantes caudales, pero no habían vuelto a establecerse en el solar familiar. Como mucho se habían dado una vuelta por la zona para alardear de sus riquezas ante parientes y vecinos, asentándose después en Bilbao o en otras villas importantes del Señorío. El hecho de que el indiano, como ya lo llamaban, hubiera decidido restaurar la casa de sus padres y quedarse a vivir en ella dio lugar a las suposiciones más peregrinas. Había quienes opinaban que pudiera tener algún asunto pendiente con la justicia y ¿qué mejor lugar que el valle para ocultarse? Aunque otros rebatían dicho parecer ante el coste de la reconstrucción de la vieja casona, los carros llenos de enseres, así como la presencia de los cuatro criados.

—¡Cuatro! —exclamó Micaela, la mujer de Koloka—. ¿Dónde se ha visto semejante ostentación?

También los había que apuntaban a la posibilidad de una enfermedad incurable. El hombre estaba enfermo de muerte y deseaba pasar sus últimos días de vida en el lugar en que había nacido.

—Ese no tiene cara de enfermo —aseveró Micaela de nuevo—. Además, no iba a gastar una fortuna en arreglar la casa para venir a morir en ella.

Aunque también cabía otra posibilidad. El hombre había llegado solo, sin esposa ni hijos. Tal vez había enviudado en el lugar donde vivía y había vuelto para aliviar el duelo. O quizás era soltero y venía en busca de esposa. No sería la primera vez que un indiano llegaba con la bolsa llena para casarse y tener descendencia. Aunque lo normal era que el compromiso se hiciera por carta, con el párroco como intermediario.

—¡Pues lo que es candidatas no van a faltar! —intervino una vez más la tabernera—. Que más de una hay camino de convertirse en solterona y daría lo que fuera por matrimoniar con un hombre rico y, encima, bien parecido.

Acertaron quienes eran de esta opinión.

A las pocas semanas de la llegada de Julián de Zautuola, se supo que estaba en conversaciones con Antonio Ernani, propietario de tres caseríos y de terrenos, para casarse con su hija Inexa, una moza de dieciocho años, apocada y no especialmente guapa, aunque muy buena persona a decir de los vecinos, siempre dispuesta a echar una mano, trabajadora y limpia. La noticia se conoció por boca de la madre de la afortunada. Jacinta tenía una espina clavada por no haber podido llegar a un acuerdo con los Torrezar para casar a la muchacha con el hijo mayor de dicha familia, ambos de la misma edad. El mozo bebía los vientos por otra joven y se negó en rotundo a emparejarse con la hija de Ernani, pese a que la dote era sustanciosa y que la herencia lo sería aún más al ser ella la única heredera de sus padres.

—No la quisieron los Torrezar ¡y en buena hora! —le comentó Jacinta a Micaela cuando fue a la taberna a rellenar una garrafilla de aguardiente—. Ahora se casará con Zautuola que es muchísimo mejor partido.

—¿No es un poco viejo para tu hija? —preguntó la tabernera.

—¡Qué dices! Es un hombre maduro y con experiencia, ¡sin comparación con esos ganapanes buenos para nada!

El comentario de la despechada Jacinta no hizo sino acrecentar las habladurías entre quienes opinaban que los Ernani habían aceptado la proposición del indiano como revancha y los que, por otra parte, pensaban que no podían haber encontrado a alguien mejor para su hija. Sin embargo, el asunto les parecía a todos algo precipitado, pues seguía sin saberse nada de él, de su vida durante tantos años de ausencia y de qué forma había obtenido su fortuna.

Como era preceptivo, el párroco anunció el enlace desde el púlpito y clavó las proclamas en la puerta de la iglesia por si alguien tuviera algo que objetar al matrimonio, y la boda se celebró exactamente cinco meses después. El día del enlace, un sábado de septiembre, amaneció gris y la amenaza se hizo agua justo cuando los recién casados salían del templo. Mal asunto. La lluvia era bien recibida durante los funerales, pues se consideraba un buen augurio para el alma del difunto que, así, encontraba con mayor facilidad el camino al otro mundo, pero en una boda significaba justamente lo contrario. No obstante, la comitiva nupcial se dirigió bajo el sirimiri al caserío de los padres de la desposada, donde tuvo lugar el banquete al que asistieron los parientes y las personas relevantes del valle. Tras la comida, el nuevo matrimonio partió para la casa Zautuola en un coche de caballos debido a la tromba de agua que caía en aquellos momentos y que hizo imposible organizar el cortejo nupcial. Las dos parejas de bueyes, con cascabeles al cuello y pieles de tejón sobre el yugo,

permanecieron en la cuadra del caserío Ernani, al igual que los dos carros con el ajuar de la novia, muebles, manteles, camisas, sayas, pañuelos, sábanas... Era una manera extraña de iniciar una nueva vida o, mejor dicho, desafortunada. No se recordaba en el valle una boda tan poco jubilosa. Los vecinos no habían podido celebrar el enlace acompañando a los recién casados a su casa al son de la *trikitixa* y el pandero, cantando, bailando y, de paso, bebiendo a cuenta del nuevo marido, para disgusto de Koloka y más todavía de Micaela que esperaban unos dineros extra gracias a la celebración.

Julián e Inexa fueron recibidos por los cuatro criados y acompañados a dos habitaciones contiguas y separadas por una puerta. Con gran vergüenza, la joven se dejó desvestir, poner la camisa de dormir y cepillar su largo cabello castaño. No estaba acostumbrada a tener sirvientas y no acertó siquiera a dar las gracias cuando ambas salieron del cuarto dejándola acostada en una cama de madera tallada, policromada en tonos dorados y con dosel cerrado por cortinas de gasa. Era la primera vez que veía una igual en su vida. Estaba aterrorizada. Su madre le había explicado, muy por encima, lo que se esperaba de una esposa en su noche de bodas, pero la idea de que un desconocido, porque era un desconocido, se metiera en la cama con ella e hiciera... lo que fuera que hiciera, le había quitado el sueño desde que supo que iba a matrimoniar. Al contrario que su amiga Felisa, ella no tenía ningún deseo de ser una mujer casada. No es que quisiera quedarse para vestir santos y tampoco se le había ocurrido la idea de meterse a monja. No tenía prisa y esperaba encontrar novio entre los mozos del valle, alguien a quien conociera, con quien hubiera ido de romería o que

hubiera bailado con ella en las fiestas del Santo Patrón. Aquel hombre, ahora su marido, la intimidaba. Apenas habían hablado más de dos frases seguidas durante los meses previos a su enlace, y en todo momento acompañados por la madre o la tía Angelita. No obstante, él siempre se había mostrado cortés. Incluso le regaló un precioso anillo de pedida, una flor con diamantes engarzados en una montura de oro y plata, que la dejó boquiabierta por el asombro. Nunca había tenido otra joya que la pequeña cruz de oro bajo, regalo de la madrina, y aquel anillo le pareció un verdadero tesoro.

Tenía sueño y estaba agotada por el trajín y los nervios de los últimos días. La cama era enorme para una sola persona, pero el colchón blando, las sábanas de algodón fino con encajes, muy diferentes a las de lino que usaban en casa y que se quedaban duras como tablas tras el lavado, y la sobrecama acolchada, un verdadero lujo, invitaban al sueño. Después de todo, tal vez su ya marido no deseara acostarse con ella. ¿Por qué si no tenían habitaciones separadas? No era normal. Los padres compartían el mismo dormitorio y la misma cama. Quizás, por algún motivo que ella ignoraba, él no podía, o no quería, o... Inexa cerró los ojos y se quedó dormida. No oyó el ruido al abrirse la puerta de la habitación contigua, tampoco notó el cuerpo que se introducía bajo las sábanas, ni las manos que le subían la camisa de noche hasta el cuello. Despertó bruscamente al notar su peso encima y el dolor agudo que la desgarró a continuación. Un gemido escapó de su garganta, pero no llegó a salir de su boca; él la besaba con tanta furia que creyó que se ahogaba. Lo sintió dentro de ella durante un tiempo en el que creyó



morir, agitado, jadeante, manoseando sus pechos, besándola, haciéndole daño. Intentó rechazarlo, quitárselo de encima, pero fue incapaz; no tenía fuerzas para resistirse y se dejó hacer con la mente en blanco. El ataque cesó de pronto; él se despegó de ella y se dejó caer a su lado, sin una palabra. La joven no se movió, casi no se atrevía a respirar; se sentía húmeda, sucia. Al cabo de un rato, y muy despacio, se bajó la camisa y cubrió con las manos su naturaleza herida, en un ademán para protegerla de un nuevo ataque.

Era ya media mañana cuando despertó, pero no abrió los ojos hasta convencerse de que se hallaba sola en la cama, de que no oía la respiración del señor de Zautuola a su lado. Giró entonces la cabeza y miró el hueco dejado por él en la almohada. No hizo intento de levantarse, ni se le ocurrió llamar a las sirvientas con la campanilla de plata que había encima de la mesa de noche. No llovía, y alguien había abierto la ventana. Le gustaba el olor a hierba mojada, pero aquella mañana incluso la brisa de finales de verano que se colaba en la habitación le pareció desapacible. Permaneció absorta, contemplando las diminutas motas de polvo iluminadas por los rayos de sol en un vano intento de olvidar lo ocurrido la víspera.

Evelina, la más joven de las dos criadas, entró al rato con una bandeja con patas sobre la que había una taza de café con leche y dos rebanadas de pan recién hecho, acompañado de mantequilla y miel; describió las cortinas y la ayudó a incorporarse, luego colocó la bandeja encima de la cama.

—A la señora le vendrá bien comer algo para recuperarse de su noche de bodas —dijo con una sonrisa—. Después mi madre y yo nos encargaremos de bañarla y vestirla.

Inexa permaneció en silencio. No tenía hambre y el aroma del café le dio náuseas. Tampoco podía apartar la mirada de la puerta que separaba los dos cuartos, aterrorizada ante la idea de que él apareciera en cualquier momento.

—El señor ha partido esta mañana temprano para Bilbao en compañía de don Bartolomé —le informó la sirvienta como si hubiera leído su pensamiento—, y ha dejado dicho que no volverá en un par de semanas.

Tardó en asimilar la información y, cuando lo hizo, un suspiro de alivio se escapó de su pecho. Tenía que pensar deprisa. Lo primero que haría en cuanto pudiera ponerse en pie sería ir a casa de sus padres, contarles lo ocurrido y decirles que jamás pensaba regresar a la casa Zautuola. O se marcharía a casa de los tíos; cualquier cosa menos permanecer en aquel horrible lugar a la espera de que él regresara y volviera a hacerle lo mismo.

—El señor ha dejado algo para la señora.

Evelina señaló con el dedo el estuche forrado de terciopelo colocado encima de la servilleta en el que Inexa ni siquiera se había fijado. Después se marchó tan silenciosa como había entrado.

Dentro del estuche había unos pendientes de brillantes, a juego con el anillo de pedida. Lo único que se le ocurrió pensar fue que aquello era el precio de su violación, y lo lanzó con todas sus fuerzas contra la puerta medianera.

Encerrado en su mutismo habitual, Julián de Zautuola escuchaba hablar a Olabe, aunque sus pensamientos estaban en otra parte. Contemplaba el paisaje, idealizado en la distancia, que lo había acompañado durante sus largos años de ausencia, la añoranza de sus prados y bosques, el sirimiri, la niebla que a menudo ocultaba el lugar donde había nacido, el tintineo de las esquilas de las ovejas, el sonido de las mazas de las herrerías, la lengua que creía olvidada para siempre. No pensó en regresar después de aquello; nada lo retenía en la tierra de sus padres y cuanto más se alejara de allí, mejor. Sin embargo, a medida que transcurría el tiempo, sintió la necesidad de volver, como si las raíces que creía arrancadas de cuajo hubieran permanecido ocultas para rebrotar de manera brusca cuando menos lo esperaba.

—Adiós, estimado amigo, nos vemos dentro de unos días.

Julián respondió al abogado con un gesto de la mano cuando este descendió delante de su casa, en el extremo del valle, y cerró los ojos mientras el cochero avanzaba por el camino embarrado en dirección a Bilbao.

¿Por qué no prosiguió viaje a las Indias? ¿Por qué decidió quedarse en el puerto canario? Quizás porque el trayecto fue una terrible pesadilla, muy diferente a lo que él esperaba.

*No le fue difícil lograr pasaje a cambio de trabajo en un barco mercante de la Compañía Guipuzcoana de Caracas, el Virgen del Mar. Era joven y fuerte, acostumbrado a la faena dura, inmune al desfallecimiento, capaz de cargar con bultos pesados sin mostrar cansancio. Además, la casualidad hizo que el contra-maestre de la nave fuera también natural del valle, aunque no se conocieran, y lo aceptó de inmediato en cuanto mencionó su lugar de procedencia. Las primeras jornadas transcurrieron sin problemas, a fin de cuentas era como trabajar en tierra a nada que uno se acostumbrara al vaivén del barco. Vio desaparecer la costa y se despidió del hogar, sin remordimientos; después clavó la mirada en el horizonte. Al otro lado del océano lo esperaba una nueva vida, y el olvido de la pasada. El trayecto de Pasajes a Cádiz no fue malo, pero, a partir de ahí, la mar no lo quiso, o eso imaginó al verse balanceado de un lado a otro de la cubierta, incapaz de retener la comida en el estómago, amedrentado ante la visión de olas gigantes que amenazaban con engullir el enorme cascarón de madera. Apenas podía sostenerse sobre las piernas al llegar al Puerto de la Orotava; descendió del barco asiéndose a las maromas que mantenían la escala a modo de barandilla y juró no volver a embarcarse. Desapareció por una calleja y permaneció oculto en una chabola abandonada. Dos días más tarde, contempló al Virgen del Mar alejarse rumbo a las Indias.*

*Vagabundó durante semanas por La Orotava, durmió donde pudo y gastó en comida los pocos reales que tenía hasta que decidió buscar un trabajo en el campo mientras pensaba qué hacer. Se adentró hacia el interior y caminó durante toda una jornada por una región abrupta sin encontrar un alma, pero con la vista puesta en la mancha de color verde que aparecía y desaparecía entre los montes a medida que avanzaba. Finalmente,*

*llegó a una hacienda enclavada en una zona alta, rodeada de pinares. En una loma se alzaba una casa encalada de dos pisos, con un llamativo balcón de madera tallada con símbolos extraños y tejadillo en una de las esquinas, ventanas y puertas también de madera tallada, y flores, muchas flores en tiestos y barreros, algo que lo dejó muy sorprendido. En el valle nadie perdía el tiempo cultivando flores.*

*—¿Qué buscas aquí?*

*Lo sobresaltó una voz masculina poco amable, pero aún más lo intranquilizó la visión de un mosquete que lo apuntaba directamente al pecho.*

*—Trabajo —respondió mirando a los ojos al hombre ya mayor y con cara de pocos amigos.*

*—¿Qué tipo de trabajo?*

*—Cualquiera.*

*—¿Sabes talar árboles?*

*—Sí.*

*—Echa a andar hacia allí —el hombre señaló con el cañón del mosquete hacia una zona del bosque de pinos moviendo el cañón del arma en dicha dirección.*

*Caminaron sin hablar, él delante, el otro detrás, hasta llegar a un claro en el que cuatro hombres se afanaban en talar unos pinos, mientras otros dos los despiezaban.*

*—Tala ese árbol —le indicó el hombre, que continuaba apuntándolo con el mosquete.*

*Se trataba de un pino joven, poco grueso, y él ya había talado árboles en el valle. Los otros hombres detuvieron su labor y lo contemplaron, más de uno con la mirada escéptica no carente de la ironía de quien se sabe ducho ante un aprendiz. Dejó su macuto en el suelo y eligió una de las tres hachas apoyadas en*

*un tocón; comprobó que estaba afilada y se dispuso a dar el primer golpe, pero antes susurró unas palabras. Durante un buen rato, solo se escuchó el golpeteo contra la madera del hacha, cuyo rítmico sonido se propagó por el bosque como la llamada de alerta de los pueblos antiguos. No se detuvo hasta que, finalmente, el árbol cayó.*

*—No está mal —dijo el hombre del mosquete que hacía ya un rato había bajado el arma y la utilizaba a modo de bastón—. ¿Puede saberse qué has dicho antes de empezar?*

*—Le he pedido perdón —respondió él limpiándose el sudor de la frente con el antebrazo.*

*—¿A quién?*

*—Al árbol. Le he pedido perdón por derribarlo.*

*El hombre miró a los leñadores y estos respondieron con gestos de cabeza afirmativos.*

*—Bien, puedes quedarte en “La Pinada”. Me llamo Juan Domingo Pascual y soy el dueño de todo lo que ves a tu alrededor. No quiero saber de dónde vienes, ni si tienes causas con la justicia, o has matado a alguien; solo me interesa tu trabajo. ¿Cuál es tu nombre?*

*—Julián.*

*—Este es Taoro, el capataz —añadió el dueño señalando a un hombre viejo, tan alto como él, de piel curtida y ojos extrañamente azules—. Él te indicará lo que tienes que hacer y dónde puedes alojarte.*

*Durante los siguientes dos meses, trabajó desde el amanecer hasta el anochecer. Dormía en un catre, en una cabaña en el mismo bosque, en compañía de los otros seis hombres, temporeros contratados hasta mediados del verano. El capataz vivía en otra cabaña, de piedra y techo de palma, en la parte alta, una*

zona de piedras y suelo terroso. Desde allí se divisaba la montaña sagrada de los antiguos pobladores de la isla, un volcán aparentemente dormido, todavía cubierto por el manto blanco de las últimas nieves.

—Es Echeide, la morada de Guayota, el demonio del mal —le explicó Taoro, un día en que lo acompañó a su cabaña con una carga de leña—. Él fue quien secuestró a Magec, el dios del sol, y se lo llevó al interior de la montaña. Nuestros antepasados pidieron a Achamán, el dios de todo, que lo liberara y él venció a Guayota, lo encerró y taponó la entrada. Ocurrió en tiempos del abuelo de mi abuelo.

—¿Qué significa Echeide? —preguntó.

—Casa del demonio, infierno, aunque ahora la llaman Teide.

—Curioso...

—¿Por qué?

—En mi lengua, “eche” también significa casa.

Taoro fijó en él su mirada azul, pero no dijo nada. Sin embargo, a partir de entonces, a menudo lo invitaba a acompañarlo a su cabaña y a veces incluso dormía en ella. Juntos se sentaban a la puerta y contemplaban en silencio el atardecer, cuando el sol desaparecía tras la mole de piedra y esta adquiría una tonalidad rojo fuerte, como la de una gigantesca brasa.

—Es el fuego de la montaña sagrada. Guayota lo mantiene encendido para derretir el cono y así volver a salir a la superficie —le explicó—. ¿Tenéis vosotros también una montaña de fuego en vuestro pueblo?

Sonrió. No, no había volcanes en el valle, pero sí montes, aunque no tan altos como aquel Echeide, cuya belleza le oprimía el alma y lo hacía sentirse diminuto.

—¿Naciste en esta isla?—preguntó para no tener que hablar de su tierra.

—Sí, soy guanche —respondió el hombre con la vista puesta en el Echeide como si hubiera estado esperando la pregunta—. Desciendo del gran Bencomo y de su hijo, el valiente Bentor, últimos menceyes de Taoro, bravos guerreros que lucharon y murieron defendiendo Achinet, nuestra isla, contra los invasores. Aunque en el registro de bautizos mi nombre es Pedro de Santa María, el verdadero es Tinguaro, Tinguaro Taoro —afirmó con orgullo—. ¿Y tú?

—Yo soy vizcaíno.

No tenía mucho más que decir, y calló.

La tala de los pinos continuó hasta finales de la primavera y, a continuación, comenzó la producción de la pez. Durante semanas, todos los hombres, incluido el amo, estuvieron pendientes de los hornos de piedra que jalonaban la colina, controlando el líquido de color oscuro que iba a caer en las cochederas situadas a un nivel más bajo, y luego a los tendales para, una vez frío, ser introducido en barriles. El humo se mezclaba en ocasiones con la niebla, y apenas lograban distinguirse entre ellos a cincuenta pasos, sombras entre árboles que a él le recordaban las historias que contaba la madre sobre espíritus nocturnos. Era una mujer muy callada, al igual que lo era el padre, pero recuperaba la palabra en las noches de invierno, junto al calor de la lumbre. Ella creía en Gaueko, “el de la noche”, que arrebatava la vida a los durmientes, y en Aizeko, “el del aire”, cuya voz se escuchaba cuando el viento agitaba las ramas de los árboles. También creía en brujas, lamias y espíritus que no encontraban el camino hacia el Más Allá y erraban perdidos por un mundo que ya no era el suyo. Hacía años



que él había dejado de escucharla pero, allí, lejos de su casa, entre gentes extrañas, con la montaña del demonio de los guanches dominando un paisaje ciertamente inquietante, todo adquiría otro aspecto. No se había detenido a pensar en el pasado, en la historia y las costumbres, en lo que hacía que cada pueblo fuera diferente a los demás. De todos modos, las “historias de viejas”, como solía decir el padre, no eran más que eso. Llevaba quizás demasiado tiempo en el bosque, había abandonado el valle para cambiar de vida, y esta estaba resultando demasiado parecida. En cuanto acabara el trabajo y cobrara su paga, bajaría de nuevo a la ciudad. Sin embargo, algo, o más bien alguien, le hizo cambiar de planes.

Pascual lo invitó a comer justo después de haber llenado los últimos barriles de pez y haberlos cargado en el carro para llevarlos al Puerto, cuando ya esperaba a cobrar y marcharse. No se negó. A fin de cuentas, le había dado trabajo y, además, tenía curiosidad por conocer el interior de la casa que tanto había llamado su atención la primera vez que la había visto. No fue menor su sorpresa al descubrir muebles de buena factura, alfombras mullidas, objetos de adorno, lámparas y, sobre todo, la biblioteca que ocupaba una pared entera, algo totalmente inusitado en un paraje como aquel. Jamás había visto tanto lujo, ni tantos libros juntos.

—Te he observado durante estos meses; eres buen trabajador y hombre discreto, y no bebes. ¿Quieres trabajar para mí? —le preguntó el dueño a bocajarro antes siquiera de que se hubieran sentado a la mesa—. Con sueldo fijo; ochocientos escudos al año para empezar, y habitación y comida en la casa. Soy viejo, no tengo hijos ni sobrinos, y necesito una cabeza joven a mi lado. Sé honrado, y yo sabré ser generoso.

*Su primera intención fue negarse; aceptó, sin embargo, al menos por un tiempo. Era parco en palabras, pero rápido a la hora de tomar decisiones. Sin preparación de ningún tipo, no tenía muy claro qué haría, aparte de trabajar para otros como criado, campesino o descargador en los muelles. Además, se dijo, siempre sería libre para irse cuando quisiera. Sellaron su pacto con un apretón de manos y dieron cuenta de un buen plato del puchero de garbanzos con carne de vaca, pollo y papas, servido por dos mujeres a quienes no había visto en todos aquellos meses. Ciertamente, Pascual era un pozo de sorpresas.*

*La cosa no acabó ahí. El hombre se empeñó en enseñarle a leer y a escribir correctamente, en que aprendiera de números y cuentas. Le dijo vagamente que de joven había sido alumno de los agustinos de La Laguna, pero no le dio mayores explicaciones. Estudió durante horas y durante todo el verano y gran parte del otoño, hasta la llegada de la nueva temporada de la tala, sorprendido por una actividad que jamás se le habría pasado por la cabeza. En el valle, acudía a las lecciones en la parroquia, pero solo mientras fue niño. Allí aprendió con el cura algo de lectura y escritura, que olvidó en cuanto dejó de acudir a la catequesis. Según el padre, estudiar era una pérdida de tiempo, puesto que no iba a hacerle falta alguna. No obstante, a medida que avanzaba en sus conocimientos, más gusto le cogía al estudio y también se animó a leer algunos de los libros de la biblioteca de su patrón, ahora también mentor, aunque este insistía en que debía, ante todo, conocer los recovecos del negocio de la brea, y de otros en general, así como la organización política de la isla, conocimiento indispensable si quería llegar a ser algo en la cerrada alta sociedad tinerfeña.*

—Hay que pelear con el Cabildo, cuyos miembros quieren controlar la venta de la pez escudándose en la defensa de los bosques e intentan impedir que los pegueros hagamos nuestro trabajo —decía Pascual.

—La tierra llora cuando talamos un árbol que enriquece al amo y empobrece a la naturaleza, que es de todos —decía a su vez Taoro.

Subía a la cabaña del capataz siempre que podía. Había algo en él que lo atraía con fuerza, como si su mente precisara de aquellos momentos de paz en compañía del isleño, analfabeto en letras, sabio en experiencias. Le habría gustado que su padre fuera como él, alguien con quien poder hablar aunque fuera en silencio, pues los silencios dicen a veces más que las palabras. Fue Taoro quien le enseñó a fumar tabaco que compraba a los barcos que llegaban de Cuba y hacían escala en la isla antes de proseguir viaje rumbo a la Península. Ambos fumaban, sentados a la puerta de la cabaña, contemplando la silueta del volcán al anochecer, escuchando el ronco canto del pinzón azul y el gutural de las palomas mientras el viejo guanche le explicaba las curiosas costumbres locales, tan diferentes a las suyas propias, aunque siempre acabara hablando de su tema preferido, la historia de su pueblo.

—El gran Bencomo, hijo de Tinerfe el Grande, venció a los castellanos en la primera batalla de Acentejo y murió en la de Agüere a los setenta años de edad. Bentor, su hijo, se despeñó por la ladera de Tígaiga para no caer en manos de los conquistadores. El pueblo enterró sus saxos en un lugar secreto para evitar que fueran profanados —le contó un día.

—¿Sus saxos? —preguntó él.

—Sus momias. Nuestros antepasados enterraban en las cuevas a los muertos, después de vaciar y secar sus cuerpos.

—¿Por qué?

—Para que estuvieran cerca de su pueblo, para que velaran por sus descendientes. A los malvados los llevaban a las cuevas de Echeide a fin de que no pudieran salir de allí y no molestaran a los vivos.

—Pero ya no se hace, ¿o sí?

—Hace trescientos años que somos cristianos, desde la conquista.

Taoro sonrió, dio una calada al cigarro y fijó la mirada en la lejanía, pero no respondió a su pregunta.

La vio uno de aquellos atardeceres, tras una dura jornada de trabajo. Subía con paso ágil por la empinada cuesta que llevaba a la cabaña, un punto de color en el paisaje ocre. Tardó en reaccionar, sorprendido por una presencia inusual en la zona y solo abrió la boca cuando la joven, vestida con una falda de listas de colores, corpiño a juego, camisa blanca y el cabello cubierto por una pañoleta y un sombrero de palma se hallaba a unos cincuenta pasos de distancia.

—Alguien sube por la cuesta —dijo.

—Es Itahisa, mi nieta —le aclaró Taoro—. Su nombre de bautizo es María Candelaria.

El brusco parón del coche de caballos interrumpió sus recuerdos y estuvo a punto de lanzarlo al asiento de enfrente.

—Lo siento, señor —se disculpó el cochero—. Se ha cruzado un carro.

Minutos después, Julián de Zautuola se hallaba en su piso de Bilbao, en un edificio de cinco plantas de la calle San Miguel, esquina con la de Bidebarrieta.